

CIUDAD CAPITAL



Agustín García Meana



Ciudad Capital

© 2014, Agustín García Meana

© Edición ebook Editorial Amarante

Diseño de portada y tratamiento digital:

Dto.gráfico Ed.Amarante

Fotografía (sashimi connections): Ignacio de Tomás

<http://editorialamarante.es>

Editorial Amarante. Enero, 2014

ISBN: 978-84-942238-3-9

Ciudad Capital

Autor: Agustín García Meana

*Los hombres honorables perecen
bajo el yugo de la corrupción*

1.

Recién salida de la ducha, la melena morena aún húmeda, se puso la braguita tanga; negra, de fino tacto. Cubrió sus pechos operados, talla cien, con un sujetador a juego en la misma línea de lencería fina. Se miró en el espejo que tenía en una de las puertas del armario ropero. Se gustaba. Le gustaba su figura. Pasó los dedos suavemente por sus pechos, como si comprobase que todo estaba en su sitio; sí, seguían allí, cálidos y turgentes. Se sentó sobre el borde de la cama y se subió las medias. Echó mano del corsé –sobre una silla en una esquina de la habitación–, lo vistió y ajustó el ligero a las medias. Volvió a mirarse en el espejo. Sexy. Incómoda, pero sexy. Buscó en el armario, sacó una fina bata, complemento de aquel conjunto de sensual lencería, y se cubrió con ella. Como mucho repetía aquel ritual unas cuatro veces al día.

Miró hacia el reloj que tenía sobre la cómoda: aún faltaban unos minutos para que él telefonease. Fue hacia el baño y acabó de acicalarse el pelo con el secador de mano. Nada de carmín en los labios, pues dejaba comprometedoras manchas en los cuellos de las camisas, y esto no interesaba. Tan solo sombra de ojos, y un poco de maquillaje en la cara, lo justo para disimular alguna que otra imperfección. Sonrió frente al espejo del baño. Lista. Aquel sería su primer cliente del día. Masticó y tragó lo que le quedaba del caramelo de menta que se había llevado a la boca, tras salir de la ducha, para prevenir el mal aliento, no fuese a ser que tocase cumplir con aquello de los “besos sensuales” que ofrecía en su anuncio; algo que estaba reservado a unos pocos, a aquellos que ella consideraba que podría besar sin llegar a sentir arcadas.

Sonó el móvil. Descolgó. Él estaba abajo, en la calle. Ella le indicó a qué piso debía picar y colgó. Fue cuestión de segundos que él pulsase el timbre. Le abrió el portal y esperó. Sabía de él que tendría unos treinta y pico, bien parecido, y tímido; esto último lo había adivinado por su forma de contactar con ella: a través del Messenger. Sí, lo ofrecía como una forma de contacto adicional, y le daba buenos resultados, sobre todo con primerizos. Ella sabía que, aunque pudiese no parecerlo, en ocasiones resultaba difícil romper el hielo de la primera vez. El Messenger era un medio de comunicación mucho más frío y distante incluso que el móvil, adecuado para aquellos que de alguna forma se sentían coartados a telefonarla. Con aquel había dado resultado.

Sonó el timbre. Miró por la mirilla. Allí estaba. Abrió y se ocultó tras la puerta. Él entró en el vestíbulo. Ella cerró suavemente la puerta.

– Hola –le dijo ella con voz sensual.

– Hola... –respondió él en un ahogado susurro.

Se mostraba nervioso, lo que evidenciaba que no la había engañado al decirle que era su primera vez con una prostituta. Ella le indicó con la mano que pasase, y le fue señalando el camino hasta una habitación. Aquella no era la suya, sino otra, en donde recibía a sus clientes. De algún modo no le resultaba agradable dormir en la misma cama por la que pasaban diferentes hombres.

Se fijó en que él observaba el cuarto. No había mucho que ver. Tan solo la cama, más bien camastro por la poca confortabilidad que ofrecía, la justa, sin embargo, para lo que se la requería. Una mesilla de noche, en cuyos cajones guardaba toallitas perfumadas, lubricantes y preservativos. Y una silla sobre la que él dejaría su ropa.

– Bueno. Esta es la chica. ¿Te gusta?

De pie, al lado del armario empotrado, ella se mostraba; le enseñaba el producto, por si él se arrepentía en el último momento y prefería irse.

– ¿Por qué no iba a gustarme? –fue su respuesta.

– Quien sabe... A veces ocurre.

– Eres más guapa que en las fotos...

Tímidamente la tomó por la cintura y la acercó a él. Tenía las manos frías, algo normal en pleno Febrero. Ella le sonrió y aproximó los labios a su boca. Se besaron. Aquel tenía un beso limpio. Nada de besar la boca de una alcantarilla o lamer un cenicero; no, era un beso fresco. Pensó que la ocasión lo merecía, así que le introdujo la lengua. Notó cómo él bajaba la mano y le acariciaba una nalga. Separó sus labios. Él parecía desconcertado, como si no entendiese a qué venía aquello.

– Oye, sé que es un poco brusco pero, ¿por qué no me pagas? Así quitamos de delante este tema tan frívolo y podemos dedicarnos a otros más placenteros. ¿No te parece?

Si le parecía o no, no se lo aclaró. Se limitó a buscar en el bolsillo de su pantalón y sacar los setenta euros que costaban sus servicios. Ella tomó el dinero y le sonrió, como si con ello tratase de quitar hierro a aquel incómodo momento, pues pagar no resultaba en modo alguno romántico. En verdad, nada de lo que se consigue pagando tiene un ápice de sentimiento. Era de suponer que esto a él no le preocuparía, pues seguramente estaría allí buscando simple y llanamente sexo, en su más pura concepción materialista, mecánica, o incluso, se podría decir, de mera necesidad fisiológica más allá del simple onanismo.

El sexo de pago, por lo general, no es más que un acuerdo en el que una parte se ocupa de satisfacer, mecánicamente, las necesidades sexuales de la otra. Sin embargo, ella se esforzaba porque aquello no fuese así, o al menos, eso era lo que ofrecía en su anuncio: un sexo de pago diferente, cargado de caricias, de besos, tal y como si en realidad no fuese sino una entregada amante. Al fin y al cabo, esto era solo un reclamo, pues por mucho que se esforzase, sus besos y sus caricias no dejaban de ser algo plástico, forzado y mecánico.

En la cama, sobre él, le besuqueaba con fingida sensualidad mientras dejaba escapar suaves gemidos de falso placer. Él, aún nervioso y un tanto tenso, trataba de disfrutar de aquello, quizás más por el hecho de ver amortizado su dinero que por otro motivo. Al final, o cuando ella creyó que él debía estar a punto de terminar, exhaló un último gemido, como si hubiese llegado al orgasmo, y se dejó caer suavemente sobre él. Para su sorpresa, aquel joven hombre seguía moviéndose; aún no se había corrido. Resignada, pues no esperaba tener trabajo extra, volvió a su situación inicial y siguió haciendo aquellos mecánicos movimientos buscando terminar la faena.

Por experiencia sabía que los primerizos, por los nervios, solían aguantar poco. Sin embargo, aquel parecía dispuesto a exprimir al máximo la media hora pagada. Bueno, pensó, sería cuestión de esforzarse un poco más, pues tarde o temprano el orgasmo llegaría. Y llegó. Forzado, insulso, e incluso apenas placentero, no más que lo permitido por el simple roce carnal.

– Hace frío fuera, ¿verdad?

– Sí, bastante. Ya sabes, el invierno...

Le respondió él mientras se vestía. Ella se levantó de la cama y fue hacia el armario; de su interior sacó un albornoz con el que se abrigó.

– ¿Trabajas por aquí? –ella insistía en charlar; iba en su oficio tratar de crear con el cliente cierto tipo de complicidad.

– Sí. En una oficina. En el centro...

No parecía por la labor de entablar conversación. Ella pensó que quizás no fuese muy hablador. Supuso que sería práctico: habría acudido a aquel apartamento en busca de sexo, nada más que eso y, por tanto, no estaría por la labor de conversar. Era otro de los perfiles de sus clientes.

Estaba quien buscaba compañía y conversación, sin importarle mucho el tema sexual; estos eran los menos. Después, quien acudía a ella para hacer realidad sus fantasías sexuales, casi siempre un tanto vejatorias, motivo por el cual, seguramente, sus

esposas no estaban por la labor de hacerlas realidad; de estos había bastantes. Algún obseso sexual, o pervertido cansado de pajearse con las fotos de su anuncio y que, finalmente, había ahorrado lo suficiente para ir a verla; por suerte, no abundaban. Y los que eran como aquel, que acudían simplemente para saciar su necesidad de sexo; estos solían ser los menos, y sus motivos, múltiples y variados.

– Espero que hayas disfrutado –le dijo ella en el vestíbulo, frente a la puerta de entrada.

– Sí, claro. Me ha gustado mucho.

Por el tono de voz se podía adivinar que no creía firmemente en sus palabras. No porque fuesen falsas, sino más bien porque parecía confundido. Era la primera vez que recurría a los servicios de una prostituta –al menos, eso era lo que había confesado por el Messenger–, y quizás no alcanzase a comprender si lo allí ocurrido merecía la cantidad pagada. Podía ser, incluso, que dudase de si había hecho bien acudiendo a aquel apartamento. En verdad, ella concluyó que todo esto le importaba más bien poco, pues había cumplido con su parte del contrato, y lo que aquel pudiese sentir o dejar de sentir no era algo que le fuese a quitar el sueño. Aún así, tenía que ser educada.

– Me alegro...

Respondió ella y le dio dos besos de despedida en las mejillas. A través de la mirilla se aseguró de que no había nadie en el rellano, por aquello de la discreción, y le abrió la puerta. Sin más, él se fue y ella cerró suavemente. Miró el reloj: no había llegado a la media hora.

Lo cierto era que clientes como aquel no solían abundar. Había sido educado, respetando las formas y dirigiéndose a ella con suavidad e incluso, aunque resultase atrevido decirlo, cariño. Es más, en la cama la había tratado como mujer, no como puta, cosa esta última a la que, por desgracia, estaba demasiado acostumbrada. No había disfrutado, aunque casi nunca lo hacía, pues esto solo le ocurría en raras excepciones, cuando daba con algún cliente que, por extraño que pueda parecer, le atraía sexualmente. No obstante, se conformaba con que todos sus clientes fuesen como aquel o, al menos, la trataran con la suavidad que él la había tratado. Quería pensar que le volvería a ver, aunque en su fuero interno algo le decía que probablemente no fuese así.

Fue hacia la cocina. Eran pasadas las tres y media de la tarde. Buscó en el frigorífico y sacó un yogurt de esos cero por ciento materia grasa. Sentada sobre una silla lo fue comiendo cucharada tras cucharada, con calma, mientras echaba su mente atrás, recordando su primera vez.

Había sido con un cincuentón, empresario de medio pelo, o sea, de esos que tienen una pequeña empresa y creen poseer un gran emporio. En otra ciudad, en el sur. Llegó con su puro encendido, inundando su apartamento con un vomitivo olor; aquel no fue beneficiario de sus “besos sensuales”, aunque tampoco se los demandó. Recordaba cómo la hizo sentirse: sucia y miserable. Creía que el dinero le daba derecho a hacerle y decirle todo aquello que quisiese, y sació con ella todos sus deseos sexuales, algunos de ellos muy próximos a la vejación. Ella se dejó hacer, pues le faltaba experiencia para lidiar en aquellos lances. Cuando aquel hombre se fue, corrió hacia la ducha. Casi una hora estuvo bajo el agua, enjabonándose una y otra vez; era como si no fuese capaz de quitarse de encima su apestoso olor. Cubierta con una toalla, frente al espejo del baño, pensó en dejarlo; creía no estar hecha para aquello. Sin embargo, cuando regresó a la habitación y recogió el dinero que había guardado en el armario, volvió a replanteárselo. Había sido maleducado, sucio, desagradable, e incluso denigrante, pero le había pagado bien: doscientos euros por algo menos de una hora. Necesitaba el dinero. Después de todo, pensándolo fríamente, aquel era un dinero fácil, pues tan solo había que dejar a un lado los prejuicios, e incluso el pundonor, y podría ganar mucho. Tenía veinte años recién cumplidos, era alta y esbelta, guapa, y a poco que se arreglaba resultaba tremendamente sexy; su cuerpo le deparaba cierta garantía de éxito en aquel mundo. Decidió darse una segunda oportunidad. De aquello, hacía un par de años.

Tiró el vaso vacío del yogurt a la basura, y aclaró la cucharilla bajo el chorro de agua del fregadero. Sonó su móvil, el que tenía exclusivamente para su trabajo. Lo guardaba en uno de los bolsillos del albornoz. Descolgó. Voz ronca de hombre. Educado. Al menos, eso le pareció en un primer momento. Quería información sobre sus servicios. Se la dio con voz sensual, lo más sensual de lo que era capaz. Él pareció recapacitar unos segundos, entonces, le dijo que pasaría a verla en un par de horas. Según ella le indicó, la volvería a llamar quince minutos antes de llegar. Colgó. Tenía tiempo suficiente para bajar al supermercado y hacer la compra. Era viernes y esperaba que, después de aquel con el que acababa de hablar, viniesen un par más.

El fin de semana lo tenía cubierto. Desde hacía un par de meses era el caprichito de un empresario de la construcción que contrataba sus servicios todos los fines de semana. La hacía vestirse elegantemente –vestido largo de noche, tacón de aguja, lencería fina–, y la llevaba a cenar a un buen restaurante. Después, acababan la noche en la suite de un hotel de cinco estrellas. Se embolsaba una buena suma de dinero por un

par de polvos. Lo cierto era que se lo había montado muy bien con su página web de “model escort”.

Se vistió. Nada de ropa sensual. Tan solo unos pantalones vaqueros, camiseta de invierno y jersey de cuello alto. No convenía levantar sospechas entre los vecinos. Bastante tenía con disimular sus frecuentes visitas.

Llevaba casi un año en aquella ciudad. Sus planes eran aguantar en aquel apartamento, próximo a un centro comercial, un par de meses más, y después, mudarse a otra ciudad. Salió a la calle.

No tenía más amigos que un par de conocidos del gimnasio, dos de esos tíos cachas que se machacaban el cuerpo hora tras hora y día tras día. No le gustaban. A ella no le iba ese prototipo de hombre narcisista ocupado tan solamente en reflejar una buena imagen en el espejo. De sobra sabía que lo único que pretendían era llevársela a la cama, y bastante experiencia tenía como para que la fuesen a engañar. Sin embargo, se dejaba querer, por el hecho de tener a alguien con quien conversar. Eran aquellos dos, o gente de su entorno: la señora dominicana que le había facilitado el alquiler de aquel apartamento, y un par de conocidas del oficio.

Con estas últimas solía quedar bastante a menudo. Tomaban café y se intercambiaban números de clientes; esta era una forma de cubrirse las espaldas. Ella les dejaría el número de aquella última visita y, seguramente, lo guardarían en la agenda con la referencia “bienvenido”. Si, por el contrario, había alguno que no interesaba, también se lo hacían saber; a ese no le descolgarían el teléfono. Eran independientes, y esto tenía, como todo en la vida, sus pros y sus contras. No debían explicaciones ni dinero a nadie y ejercían la prostitución de forma voluntaria. Sin embargo, no contaban con protección alguna, más que su instinto y sus propias compañeras. Ella daba mucho más valor a lo primero, por eso se había decidido a ejercer de aquella forma.

De vuelta con la compra se tropezó con uno de sus vecinos en el ascensor. Era un muchacho, la cara repleta de acné. Se percató de que no dejaba de mirarla. Le resultó una mirada un tanto lasciva, propia de la edad. Con las hormonas en ebullición, buscaría en ella una imagen que le sirviese para masturbarse. Al fin y al cabo, aquello a ella no le importaba. Es más, de alguna forma podía llegar a entenderlo como un cumplido, pues sabía que el día que no despertase este tipo de deseos sería su final –al menos, como “model escort” –, estaría obligada a bajar su caché, y a aguantar lo que esto conllevaba. No. En verdad, sus planes no llegaban tan lejos en el tiempo. Pensaba retirarse antes,

cuando aún sus pechos se mantuviesen firmes y sus nalgas prietas. Por eso se ocupaba de ahorrar y estudiar.

El ascensor se detuvo y el muchacho salió, no sin antes dedicarle una última mirada. Ella le regaló una sonrisa traviesa; ahora sí tendría motivos más que suficientes para tenerla en su pensamiento mientras se pajeaba.

Abrió la puerta de su apartamento y entró. La iluminación del vestíbulo era una luz tenue que apenas dejaba ver lo que allí había, confiriéndole cierta sensualidad y mesura que infundía una sensación de sosiego y comodidad entre sus clientes; era la antesala de lo que les esperaba entre sus brazos. Fue hacia la cocina, abrió el frigorífico, y comenzó a colocar cuidadosamente en las bandejas la comida recién comprada. No se había hecho prostituta por el único hecho de conseguir dinero fácil. Bueno, fácil para aquella que estuviese dispuesta a soportar los jadeos y babas de hombres que en modo alguno le atraían. Cobraba setenta euros la media hora, y la mayoría de personas debían trabajar diez horas para obtener este dinero. Para ella era una forma de conseguir financiar su futuro.

Veía la televisión cuando sonó el móvil: en quince minutos su cliente estaría allí. Tuvo que esforzarse para abandonar el sofá, pues sentía pereza. Fue hacia su habitación. Se desvistió. Sacó de un cajón otra braguita tanga negra. Una vez más, se puso aquel sujetador a juego. Al cerrar la puerta del armario se vio reflejada en el espejo: sexy. Volvió a pasar sus dedos suavemente por sus pechos; nuevamente preparados. Sentada en el borde de la cama se ajustó las medias. Fue hacia aquella silla en la esquina de la habitación donde esperaba su corsé. Miró el reloj. En cinco minutos su cliente pulsaría el timbre del portal.

– ¿Penélope?

Interrogó al hombre a través del portero automático. Tras un “sí” de confirmación, ella pulsó el interruptor que abría la puerta del portal. A través del telefonillo oyó cómo el hombre entraba en el edificio y cerraba tras de sí. Colgó. Giró la cabeza hacia un espejo que tenía a su espalda. Se acicaló un poco el pelo y comprobó que todo estaba en su sitio. Pasos en el rellano; su cliente ya estaba allí. Le observó a través de la mirilla mientras se acercaba a la puerta. El requisito de discreción la obligaba a actuar con rapidez y sigilo. Abrió y le dejó entrar en el vestíbulo. Después, con la misma suavidad, cerró la puerta.

Aquel no era como el anterior. Le faltó tiempo para agarrarla por la cintura, acercarla a él, y darle un piquito en los labios. Dejaba claro que no era la primera

prostituta con la que estaba. Ella le dedicó una sonrisa forzada y le indicó con la mano el pasillo que llevaba hasta aquel cuarto en el que recibía a sus clientes.

– Esto es para ti, preciosa.

Le entregó unos billetes mientras le acariciaba una de sus nalgas. Rápidamente ella los contó: era el importe que se correspondía con una hora de sus servicios. Por unos instantes, la idea de tener que soportar a aquel hombre durante este tiempo le disgustó; no le había causado una buena impresión. Era alto, fuerte, de unos cincuenta – corroboraba lo que había intuido en su corta conversación telefónica–, de modos un tanto bruscos y expresión burlona y desafiante. No le gustaba aquella forma de mirar, y aún menos, la soberbia que desprendía en todos y cada uno de sus movimientos. Por un momento añoró su cita anterior; mil veces prefería a aquel joven tímido y de aspecto apocado, que a aquel presuntuoso que la tenía cogida fuertemente por la cintura, la bragueta bien pegada a su culo, y no dejaba de besuquearla por el cuello. De algo estaba segura: acabaría con todo el cuerpo cubierto por sus asquerosas babas.

La volvió y trató de besarla. Ella se resistió; le había bastado el fugaz piquito en el vestíbulo para ratificar que aquel no era merecedor de sus besos sensuales, pues su aliento apestaba a tabaco. El hombre insistió. Entonces ella, hábilmente, dejó que la besase fugazmente en los labios y se deslizó hacia su entrepierna; prefería chupársela antes que lamer el cenicero de su boca.

No era bueno en la cama. Sus bruscos modales los trasladaba al acto sexual, y carecía de cualquier tipo de ritmo o habilidad. Simplemente era un ser jadeante que se limitaba, sobre ella, a penetrarla una y otra vez, buscando su propio placer y creyendo, en su arrogancia, que la hacía disfrutar. Ella no se ocupó más que de fingir, a través de suaves gemidos, y de agarrar con fuerza sus nalgas. Se trataba de que se corriese lo antes posible; después, ya vería cómo se las apañaba para echarlo de su apartamento antes de que se cumpliera la hora acordada.

– Date la vuelta.

– ¿Qué? –aquello la contrariaba–. Sigue así, me está gustando –le dijo, todo lo sensual de lo que fue capaz, tratando de convencerle.

– No. Date la vuelta. Quiero metértela por detrás.

Él ya había sacado su pene y esperaba a que ella obedeciese. Ella dudó unos segundos, pues no alcanzaba a adivinar lo que aquel hombre tenía en mente. Después, se volvió situándose a cuatro patas. Sintió cómo él le acariciaba el culo, y cómo su ruda mano se introducía entre sus piernas; buscaba su vagina. Entonces lo vio claro: quería

hacer el perrito, nada de sexo anal. El hombre la volvió a penetrar, con la misma falta de tacto y de habilidad. Al poco, se corrió.

– ¡Joder! ¡Qué bueno! –exclamó mientras retiraba su pene.

Para cuando ella se volvió, él ya había abandonado la cama. Buscó unas servilletas de papel en uno de los cajones de la mesita, y envolvió en ellas el preservativo usado que el hombre le tendió. Después, se puso en pie y fue hacia el armario.

– Penélope... Canaria, ¿eh?

– Sí –respondió ella mientras se arropaba con su albornoz–. Se me nota mucho, ¿verdad?

– Bastante, sí. Tienes acento –buscaba sus calzoncillos, en el suelo, al pie de la cama–. Dime, ¿llevas mucho en esto?

– Un tiempo...

Ella no alcanzaba a comprender a qué venían aquellas preguntas, pero no le quedaba otra que ser amable y responder e incluso, llegado el caso, no dudaría en mentir. Se le daba bien mentir, es más, en cierto modo, en su oficio era algo necesario para poder sobrevivir.

– Se te nota, sí. Sabes bien lo que te haces –hizo una pausa mientras vestía la camisa–. ¿Trabajas sola?

– ¿Por qué? ¿Te apetece un trío? –le respondió ella. No convenía dar cierto tipo de información; aún menos a tipos extraños como aquel que no le infundían ninguna confianza–. Tengo una amiga que se nos puede unir el próximo día.

– Quién sabe. Si es igual de buena que tú, quizás me interese.

– Pues cuando quieras me llamas, y lo hablamos. ¿O.K.?

– Claro que sí, preciosa.

El hombre terminó de vestirse. Ella le observaba, de pie, los brazos cruzados, la espalda apoyada sobre una de las puertas del armario empotrado. Él le dedicó una de sus ya características sonrisas, mezcla de soberbia y burla, y le acarició suavemente la mejilla. Después, acercó sus labios. Ella no tuvo más remedio que dejar que le diese otro de aquellos malolientes piquitos.

– Ay, Penélope, Penélope... Bonito nombre de guerra –recogió su abrigo, colgado en una percha tras la puerta del cuarto–. ¿Cómo te llamas?

– Penélope.

– Ya, seguro –buscó en uno de los bolsillos del abrigo y sacó una cajetilla de Winston. Se echó un cigarrillo a los labios–. ¿Por qué a las putas os gusta tanto lo de poner nombres exóticos?

– No sé –le respondió mientras sentía cómo un escalofrío recorría su espalda; acababa de tener un mal presentimiento–. En mi caso es mi nombre real.

Trató de salir de la habitación, pero el hombre se lo impidió interponiendo el brazo en su camino. Ella le miró a los ojos. Él volvió a sonreír; aquella odiosa sonrisa una vez más.

– Tenemos que hablar –le dijo y echó una calada a su cigarrillo–. ¿Qué tal si te sientas y conversamos?

– No creo que tengamos nada de qué hablar.

Ella trató de parecer fuerte. Intuía que aquel hombre no tramaba nada bueno, y estaba obligada a sacar el suficiente coraje para defenderse; era uno de los contras de ser independiente.

– Te he pagado una hora –miró de reojo hacia su reloj de pulsera–. Aún me quedan quince minutos. Deberías ser más atenta con tus clientes.

– ¿Qué quieres de mí? –preguntó ella recelosa.

– Eso depende...

– ¿De qué?

– De que seas la puta que ando buscando.

2.

“Penélope. Chica. 23 años. Blanca. Medidas: 100-65-100. Altura: 165 centímetros. 54 Kilos. Pelo negro y ojos pardos. Te enseñaré a entender el sexo de pago como algo diferente. Seré tu amante más entregada. Besos sensuales, caricias, masajes eróticos y relajantes, francés [...]. Te espero en mi apartamento, en donde podremos disfrutar de agradables momentos en la más relajante tranquilidad y con la máxima discreción”.

Era la enésima vez que leía su anuncio. Había estado con ella hacía tres días. No era capaz de explicar la razón por la cual había acabado recurriendo a los servicios sexuales de aquella prostituta que se hacía llamar “escort” –en la jerga propia del negocio, una “escort” era una puta de lujo, alguien que no estaba al alcance de su cartera. Así que aquella, por mucho que ella se definiese de ese modo, estaba bastante de ejercer realmente como tal–; cuanto menos de comprender por qué no podía dejar de mirar su anuncio en aquella página web de eróticos profesionales, mientras una extraña ansiedad le embargaba por dentro: quería volver a estar con ella.

¿Por qué? Se preguntaba una y otra vez mientras miraba cada una de sus fotografías. No había sido nada especial. No había encontrado en ella más que sexo en su más pura concepción de necesidad fisiológica. Sí, lo mismo le hubiese servido masturbarse. Sin embargo, había acudido a ella creyendo poder encontrar algo más, eso que ofrecía en su anuncio: entender el sexo de pago como algo especial, cargado de caricias, de sensualidad, del placer de sentir la piel del otro. No fue así. Resultó mecánico e insulso. Sí, quizás se diferenciase de una paja en la taza del váter, en que pudo sentir el calor y el aliento de una mujer; pero tan solo en esto, por lo demás, nada, el vacío de algo puramente carnal sin mediar deseo alguno.

¿Qué era entonces? ¿El morbo de volver a contactar con ella? ¿La necesidad de revivir ese extraño momento de acercarse hasta la puerta y que ella le abriese? Si lo analizaba resultaba estúpido y, sin embargo, allí estaba, sentado en su mesa de la oficina, delante del ordenador de la empresa, aprovechando un momento de soledad para volver a ojear cada una de sus fotos. Intentaría volver a contactar con ella. Necesitaba comprender qué era lo que le empujaba a teclear en el Google el nombre de aquella página, y a buscar su perfil entre los de todas las que allí se anunciaban. Abrió el Messenger. Ella, en aquel momento, no estaba conectada, así que se atrevió a más: la telefoneó.

– No esperaba que fueses a volver –le dijo ella tras cerrar la puerta.

– ¿Y eso? –preguntó él confuso.

– No sé, tuve la sensación de que no ibas a volver. No suelo equivocarme –se sinceró ella.

– Bueno, pues ya ves, aquí estoy otra vez –respondió él con indiferencia.

– Ya veo. Quizás contigo me equivoqué –concluyó y esbozó una sonrisa amable.

Ella no se había equivocado, pues él, el día de su primera visita, mientras bajaba con paso apresurado por las escaleras, no había hecho otra cosa que arrepentirse de haber acudido a aquel apartamento. Pensaba que no volvería a hacerlo. Cuando llegó al portal, estaba seguro de que no repetiría aquella experiencia.

¿Por qué había vuelto entonces? Recordó que lo hacía porque sentía la necesidad de poner en orden su cabeza. Era extremadamente racional, tanto, que en su mente no cabía nada que no respondiese a una razón, y esto era lo que en verdad le había empujado a volver a aquel apartamento: la búsqueda de aquella razón.

– Me alegra que hayas vuelto –le dijo ella con voz sensual cuando entraban por la puerta de aquel cuarto en el que atendía a sus clientes.

– ¿En serio? –su tono de voz dejaba entrever cierta incredulidad.

– Sí, claro...

Ella le envolvió con sus brazos alrededor del cuello y le besó. Él volvió a sentir la lengua de la prostituta dentro de su boca, como la vez anterior. Besaba bien aquella mujer. En verdad, eran unos besos calientes y húmedos; esto último no demasiado, en su justa medida. A ella le gustaba que él la besase, y a él le gustaba besarla.

Al poco ella separó sus labios y le sonrió. Él supuso que querría lo suyo, así que buscó en el bolsillo de su pantalón de tela negro y sacó un par de billetes. Otra sonrisa antes de recoger el dinero, para después guardarlo en el mismo lugar que la vez anterior, y volver sobre él. Sus dedos empezaron a colársele por debajo del jersey; buscaban los botones de la camisa. Sintió cómo ella le acariciaba suavemente el pecho con las yemas de los dedos. Notó el leve roce de sus uñas, unas uñas perfectas, finas y fuertes; debía pasar horas haciéndose la manicura. Le volvió a besar.

– Uumm, tienes un aliento muy fresco. No fumas, ¿verdad? –le dijo ella separando levemente sus labios. Él hizo un ligero gesto de negación con la cabeza. Ella volvió a sonreír–. Me encanta. Me gusta besarte.

Él pensó que quizás fuese verdad, pues ella insistía en volver a introducir la lengua dentro de su boca. Lo cierto era que lo único que recordaba con agrado de su

visita anterior eran aquellos sensuales besos. Lo sucedido después, sobre aquel camastro que ella cubría con una colcha –intuyó que debía hacerlo por higiene; quería pensar que la lavaba después de cada cliente–, no era meritorio de ser recordado.

No fue diferente en aquella segunda ocasión, por mucho que ella pusiese empeño. Lo ponía, sí, pero no dejaba de ser algo plástico. Faltaba la pasión; ésta es muy difícil de fingir. Al final, el sexo con Penélope le resultaba insulso.

Obligado a concentrarse para lograr obtener algo de placer, llegaba a la conclusión de que el sexo de pago en realidad era aquello y no había nada más. Se trataba de saciar una necesidad puramente fisiológica, sin más. Lo mismo que una paja, pero con la diferencia de sentir el calor del cuerpo de una mujer. No había otra razón por la cual él había acudido por dos veces a aquel apartamento. Lo demás, eran figuraciones con las que su mente disfrutaba fantaseando.

– ¿Por qué te dedicas a esto?

Le apetecía charlar. Se sentía cómodo al lado de Penélope. La chica se esforzaba por crear un ambiente agradable, y esto sí lo conseguía. Quizás fuese que sus maneras suaves, su voz calmada y dulce –era una dulzura real, en modo alguno plástica. No, aquello no era fingido, pues respondía a su natural forma de ser–, le conferían un estado de relajación y confianza para con ella que le hacían sentirse cómodo. Ya había abandonado los nervios de la primera vez y, relajado, le apetecía charlar. O mejor, sentía cierta curiosidad por saber más de ella; al fin y al cabo, su oficio despertaba en él una serie de inquietudes, de cuestiones que quería responder.

– Por dinero –respondió ella sin tapujos.

– Vaya... Hay otras formas de ganar dinero –puntualizó prudente, sin ánimo de ofenderla.

– Lo sé, pero esta es la que mejor me va.

Penélope le era sincera. Sentada sobre la cama, la espalda apoyada sobre el cabecero y las piernas encogidas sobre sus pechos desnudos, respondía a sus preguntas con total sinceridad. Quizás en otras ocasiones le mintiese, pero en aquel momento le estaba siendo sincera.

– ¿Y eso cómo es? –se interesó él.

– Bueno, este oficio me permite ganar mucho dinero. Más de lo que ganaría como cajera. A día de hoy, no puedo aspirar a más que a ser cajera de un supermercado.

– Bueno, pero cajera es... –“más respetable”, pensó en decir, pero no lo hizo. Temió poder molestarla.

– Más honroso... –ella le echaba un capote–. Bueno, es una forma de verlo. No creo que esto sea ningún deshonor. Es un oficio, como otro cualquiera –pareció recapacitar unos segundos. Entonces, antes de continuar hablando, esbozó una sonrisa–. Ya sabes, es el oficio más viejo del mundo –bromeó.

Él terminaba de abotonar su camisa y vestía el jersey de punto, cuando ella se levantó de la cama. Completamente desnuda fue hacia al armario de la habitación. La observó. Era hermosa. Mucho. Pensó que quizás nunca hubiese sido capaz de estar con una mujer tan hermosa de no haber sido de aquel modo: pagando por ello. Resultaba triste, pero quizás era su sino. No todos eran capaces de conseguir los favores sexuales de mujeres como aquella. Él nunca había sido bueno en esto; quizás por su timidez.

– Además... –continuó diciéndole ella mientras vestía el albornoz recién sacado del armario–. Este oficio me permite tener tiempo libre para mí. Y créeme, lo necesito.

– Supongo que sí. Tendrás mucho tiempo para el ocio.

– No, no. De ocio nada. Necesito el tiempo para estudiar –aquello acabó por desconcertarle. Ella sonrió; parecía consciente de la sorpresa que causaban aquellas palabras–. Sí, estoy estudiando. No pensarás que me voy a dedicar a esto toda mi vida, ¿verdad?

– Supongo que no. Supongo que dentro de unos años cambiarán algunas cosas – balbuceó él confuso.

– Mira, yo cobro lo que cobro porque soy joven y estoy de buen ver. Bueno, ni mejor ni peor que otras. Pero estoy bien o, al menos, eso creo.

– Estás muy bien –sintió la necesidad de decirle aquello. Sin entender la razón, algo en su interior le empujaba a piropearla–. A mí me parece que eres muy guapa, y que tienes un cuerpo espectacular.

– Vaya, pues gracias –le respondió ella fingiendo ruborizarse.

– ¿Y qué estudias? –se interesó él.

– Para piloto comercial –esto sí que era una sorpresa. Él nunca lo hubiese imaginado–. Quiero ser piloto. Siempre me ha gustado. Pero es muy caro y mis padres no me lo pueden pagar, así que me tengo que buscar la vida. Este es un buen oficio, me permite costearme los estudios, y me deja tiempo para estudiar. Ya ves, no es tan malo.

– ¿Tus padres saben a qué te dedicas? –su desmedido interés empezaba a resultar molesto, por mucho que a ella pareciese no importarle.

– ¿Tú qué crees? –él se encogió de hombros. Suponía que no, pero ella no había dejado de desconcertarle, así que podía esperar cualquier respuesta–. No, no lo saben.

No les gustaría. Bueno, supongo que es lo normal, ¿verdad? A ningún padre le gustaría que su hija se dedicase a esto, ¿no crees? Después de todo, no es un oficio que esté bien visto. Además, mi padre es teniente del ejército. Imagínate...

– Sí, ya, me imagino –balbuceó él y guardó un instante de silencio–. Creo que me tengo que ir.

– Puedes quedarte otro poco, si quieres. ¿Te apetece tomar algo? –parecía que a ella le gustaba la compañía de aquel joven hombre.

– La verdad es que tengo que volver al trabajo. Quizás en otra ocasión –le explicó él prudente.

– ¿Volverás? –preguntó ella con fingido interés.

– Es posible... –no fue muy convincente.

Caminó hacia la puerta de la habitación; ella le siguió. Sin mediar palabra avanzaron por el pasillo que llevaba hasta el vestíbulo. Una vez allí, se volvió hacia ella. Penélope le dedicó una suave caricia en la mejilla, y se despidió de él con un fugaz beso en los labios y una sonrisa. Él quiso creer que aquella despedida no era algo meramente cumplidor. Por estúpido que pudiera parecer, fantaseaba con la posibilidad de que aquella prostituta profesase por él algún tipo de sentimiento.

Mientras bajaba las escaleras barajaba la idea de repetir, de volver a verla en otra ocasión. Consideraba incluso la posibilidad de acabar consiguiendo que el sexo con ella resultase algo más intenso; quizás, pensaba, solo era cuestión de plantearlo con firmeza y le acabaría sacando provecho. Lo que sí tenía claro era que le gustaba su compañía; le había resultado muy agradable aquella breve conversación con la prostituta.

Aquella tarde en la oficina, con poco trabajo –lo habitual la última semana del mes–, no dejó de pensar en Penélope. Recordó cómo la había encontrado: por casualidad, mientras ojeaba aquella página de eróticos profesionales a modo de curiosidad. Le resultó atractiva. Quizás más que por sus fotos, por la forma en que se presentaba. Él nunca antes había recurrido a los servicios sexuales de una prostituta y, sin saber por qué, se interesó por saber de aquella. Quizás fue porque encontró una forma diferente de contactar con ella: a través de una dirección de Messenger que tenía publicada en su página web de “model escort”. Se atrevió a añadir su dirección y mandarle una solicitud de amistad; aquella misma noche chatearían. Así empezó todo, y así concertó su primera cita con Penélope.

Sonó el teléfono. Era la línea interna. La extensión del director. Descolgó al unísono que su Messenger le informaba que acababa de recibir un nuevo mensaje de

Penélope. Su jefe le requería de inmediato; reunión de urgencia. Contrariado, cerró la sesión del Messenger sin leer el mensaje. Supuso que la prostituta se habría conectado y le habría mandado un saludo. Querría charlar, o mejor, fidelizar un cliente. Las reuniones de urgencia solían acabar tarde, así que apagó su ordenador.

Eran pasadas las ocho –en pleno Febrero, noche cerrada–, cuando detuvo el motor de su coche; acababa de estacionar en un hueco en el borde de la acera a escasos metros del edificio donde residía. Hacía unos meses que se había mudado a aquel barrio de la periferia de la ciudad. Vivía de alquiler en un piso de un edificio de los setenta, en la zona de viviendas subvencionadas construidas para albergar a los obreros que por aquella década llegaban a la ciudad.

Salió del coche y caminó, acera arriba, ajeno a que un hombre de apariencia corpulenta le seguía a escasos metros. La calle, solitaria, estaba mal iluminada y era estrecha: dos aceras por las que resultaba imposible cruzarse con alguien sin tropezarse, y una calzada de un único sentido con coches estacionados a uno y otro lado. No era una zona atractiva para vivir, pero era lo único que podía permitirse con su sueldo.

– ¿Podemos charlar un par de minutos?

Una voz grave le sorprendió por la espalda cuando introducía la llave en la puerta del portal de su edificio. Se volvió. Se topó con un hombre de aspecto un tanto desaseado –debía hacer al menos un par de días que no se afeitaba–, y rostro duro que le hicieron temer ser víctima de un atraco; aquel no era un barrio seguro. El hombre le indicó con la cabeza que abriese la puerta. Cuando lo hizo, le arrastró dentro y le llevó hasta el lugar más oscuro del portal. Él fue incapaz de articular palabra; esperaba que aquel tipo sacase una navaja en cualquier momento. No lo hizo. Se limitó a esbozar una sonrisa un tanto burlona y a mirarle fijamente con expresión amenazante.

– Quiero lo que te dio la puta –le dijo con voz ronca.

– ¿Cómo dice? –él no alcanzaba a comprender qué quería aquel hombre.

El tipo le agarró bruscamente por el jersey y le acercó a él con gesto intimidatorio. Él sintió miedo. Aquel era alto y fuerte, tendría unos cincuenta años, y su sola presencia infundía temor. Él balbuceó algo; algún tipo de incoherente excusa.

– No me jodas. Sé que has estado con esa puta –le dijo. Él únicamente había estado con una prostituta, pero no alcanzaba a comprender cómo era posible que aquel tipo lo supiese–. Con Penélope. O al menos así dice ella que se llama. Sé que la conoces. Has estado con ella –le aclaró el hombre sin abandonar aquellas formas intimidatorias.

– ¿Cómo...? –balbuceó él atónito.

– Eso no importa. Quiero lo que te dio –respondió el hombre mientras le zarandeaba.

– No me dio nada –volvió a responder él atemorizado, a punto de romper a llorar.

– No me jodas. No tengo ganas de sacártelo a hostias –el hombre parecía enfadado.

– Le juro que no me dio nada –su voz apocada rozaba el sollozo. El miedo se había apoderado de todo su cuerpo.

No había acabado de decir aquello cuando el tipo le soltó y le puso cara a la pared. Empezó a cachearle, buscando en los bolsillos de su abrigo, de su pantalón, bajo su ropa. No encontró nada. Entonces, pegó un fuerte bufido y se fijó en el maletín con el que él cargaba. Se lo arrebató, lo abrió, con los mismos modos bruscos, y vació en el suelo su contenido. Revolvió con el pie pero, por su gesto contrariado, no encontró lo que buscaba.

– Jodido cabrón... –murmuró el hombre entre dientes.

La puerta del ascensor se abrió justo en el momento en que aquel tipo cerraba la mano dispuesto a arrearle un fuerte golpe. Eran unos vecinos. El hombre bajó el puño. Pareció reflexionar. Entonces, sin mediar palabra, salió del portal dejándole allí aturdido; él no comprendía qué era lo que estaba ocurriendo.

Tardó un par de minutos en recomponerse y, aún desconcertado, recogió del suelo el contenido del maletín y fue hacia el ascensor. Instintivamente miraba hacia atrás a cada instante, esperando que en cualquier momento aquel extraño hombre volviese a aparecer. No lo hizo. Pulsó el botón de su piso y se cerraron las puertas del ascensor.

Las manos aún le temblaban. No era capaz de introducir la llave en la cerradura de la puerta. Quería abrirla y guarecerse tras ella. Poco podía imaginar lo que estaba a punto de descubrir: su piso completamente revuelto.

Habían forzado la cerradura y entrado en su casa. Buscaban algo. Seguramente aquello que Penélope, la prostituta, suponían que le había dado. Estuvo a punto de perder el conocimiento al ver todo aquel desorden. Respiró hondo. Muy hondo. Se dispuso a avanzar entre el caos de cajones abiertos cuyo contenido estaba esparcido por el suelo. La cocina estaba sembrada de platos rotos y ollas abiertas apiladas en una esquina. Caminó por la casa, con paso lento, asustado y confuso, comprobando que no quedaba rincón sin revisar. Lo habían registrado todo y, por supuesto, no habían encontrado nada. Por eso seguramente aquel tipo le había asaltado en el portal.

Fue hacia el salón y se hizo un hueco en el sofá. Después, se dejó desplomar sobre él. Echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos. Necesitaba tranquilizarse, espantar de su cuerpo el miedo aunque solo fuese por un par de minutos; los suficientes para poder pensar con claridad.

No llamaría a la policía. No, al menos por el momento. Tenía que aclarar qué era lo que estaba sucediendo. Temía que, inconscientemente, se hubiese involucrado en algo ilegal. Al fin y al cabo Penélope era una puta, y las putas se mueven en un mundillo ajeno a la legalidad. Así que mejor aclarar qué era lo que estaba ocurriendo y hasta qué punto él estaba implicado. Buscó su teléfono móvil, en uno de los bolsillos interiores de su abrigo, y abrió el listado de últimas llamadas; allí estaba el número de la prostituta; aún no lo había borrado. Remarcó y se llevó el teléfono a la oreja.

“El teléfono móvil al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura”. Aquella odiosa robotizada voz femenina le informaba que el móvil de Penélope no se encontraba operativo. Corrió hacia su habitación. En el suelo, bajo un montón de libros, encontró su portátil. Por fortuna no estaba roto; la alfombra había amortiguado el golpe de la caída. Lo situó sobre la cama y lo conectó. Acababa de recordar que Penélope le había mandado un mensaje al Messenger aquella tarde. Quería leerlo.

“Ten cuidado. Van a por ti. Les he dicho que tú no tienes nada que ver pero no me creen. Lo siento. Huye. Aléjate de tu vida diaria”. Aparecía como desconectada. Aún así intentó contactar con ella. *“¿Qué ocurre? ¿Quién son? Dicen que tú me has dado algo. ¿Qué pasa? Por favor, responde”*, escribió. Esperó. Nervioso volvió a recorrer todo el piso. Por un momento estuvo tentado de telefonar a la policía. Se contuvo. Mejor esperar. Mejor asegurarse de que él no tenía nada que ver con aquello. « ¡Dichosa prostituta! », maldijo mientras regresaba a la habitación. Ella no respondía. Seguía como “desconectada”. Dudó. Durante los minutos que siguieron sopesó la idea de ir a su encuentro, de regresar a aquel apartamento de aquel edificio próximo al centro comercial. Se le antojó demasiado arriesgado.

¿Qué podía hacer entonces? Necesitaba verla. Necesitaba aclarar lo que estaba sucediendo. ¿Cómo iba a cenar e irse a la cama después de lo que le acababa de ocurrir? Esto era impensable incluso para alguien con la suficiente sangre fría. Él no la tenía, para nada, aquello le superaba sobremedida. Decidió arriesgarse. A fin de cuentas, era la única alternativa que tenía.

Salió de la casa y bajó las escaleras con paso apresurado; demasiado nervioso como para esperar al ascensor. Ya en la calle corrió acera abajo. Se cruzó con aquella

extraña pareja. Vivían en uno de los pisos de uno de los edificios de la acera de enfrente. Los conocía de antes, de su antiguo barrio. Casualidades de la vida, debían haberse mudado a allí haría un par de semanas, no más.

Los primeros días solo la veía a ella. Después empezó a dejarse ver él. Por su aspecto les resultaba difícil pasar desapercibidos. Ella mediría un metro sesenta y cinco –difícil de averiguar dado el calibre de los tacones que solía usar–, y él no le sacaba más de dos dedos. Aquel día ella vestía un ceñido vestido rojo de cuero, cremallera en la parte delantera que lo abría de arriba abajo con tan solo tirar de ella; muy práctico para su oficio: era puta. Esto lo había averiguado tras fijarse en ella un par de veces, cuando él vivía con sus padres en su anterior barrio. Era atractiva –quizás lo había sido aún más; envejecía mal, seguramente condicionado por su estilo de vida–, y se había interesado por saber de ella. Así, acabó descubriendo que era puta. Él, al contrario que ella, siempre iba desaliñado, con aquella melena de rizos imposibles descuidada y sucia, y la barba sin afeitar de varios días. No eran trigo limpio –ni él, ni ella–, pero nunca se metían con nadie. Se les veía por la calle paseando a su caniche, discutiendo, o simplemente caminando uno al lado del otro sin mediar palabra. Eran pareja, a pesar de que nunca se les solía ver en situación cariñosa; quizás su relación no se sostuviese en el amor. Y su vida transcurría al son de las entradas y salidas de la cárcel de él; seguramente por algún asunto relacionado con el trapicheo de droga.

No les prestó atención –ella le gustaba; por qué negarlo; suponía la fruta prohibida que no debía comer a pesar de que se le antojase infecta–, y siguió corriendo hacia su coche. Sin él llegar a imaginarlo, el día aún no había dejado de depararle desagradables sorpresas.

Encontró la ventanilla rota. Habían estado inspeccionando su coche clandestinamente, al igual que habían hecho con su piso. Abrió la puerta y observó que todo lo que guardaba en la guantera estaba esparcido por el asiento y el suelo. Fue hacia el maletero. Estaba abierto; también lo habían forzado. Dentro, más de lo mismo: todo revuelto. Sintió cómo sus fuerzas flojeaban. Aquello ya era demasiado para él. Creyó desvanecerse y acabó sentado sobre el bordillo de la acera, abatido, la cabeza hundida entre las rodillas. Se negaba a creer que aquello le estuviese ocurriendo a él.

¿Qué era lo que buscaban? ¿Por qué tanto interés? ¿En qué le había metido aquella prostituta? No podía ser. Tenía que ser una confusión. Era imposible. Ella no le había dado nada. Al menos él no era consciente de que lo hubiese hecho. Por un segundo, por un mínimo instante, creyó en la posibilidad de que Penélope hubiese

ocultado algo en sus ropas sin que él se percatase. Volvió la mente atrás; a su primera visita a la puta: el viernes de la semana anterior.

Repasó todos y cada uno de sus movimientos. Imposible. Ella le había recibido en lencería; no tenía donde ocultar nada. Él mismo se había desnudado y dejado la ropa sobre una silla; ella ni tan siquiera se había aproximado a aquella silla; tan solo se había limitado a tumbarse sobre la cama y esperar. ¿Y después? Después todo fue igual de mecánico. Cuando se corrió, con ella encima, le pidió que se echase a un lado. Ella cogió una de las toallitas húmedas que tenía sobre la mesilla de noche, y le quitó el preservativo. Después, él se levantó, fue hacia su ropa, y se vistió. Apenas hubo contacto. Tan solo un par de besos en la despedida. Nada más. Ni tan siquiera le volvió a rozar. Tuvo que haber sido entonces aquel mediodía, pensó. Hizo el mismo ejercicio de memoria, recomponiendo cada movimiento, cada situación, cada momento de lo ocurrido en aquel apartamento aquel lunes al mediodía. Nada. El resultado era el mismo. Tenía que ser una confusión. Estaba claro que todo aquello era un malentendido, pero aún así, debía aclararlo.

Pensar de este modo le hizo recobrar las fuerzas. Se levantó, caminó hacia la puerta de su coche, aún abierta, y se sentó al volante. Cerró los ojos, tomó una enorme bocanada de aire y la expulsó suavemente tratando de calmar sus nervios. Se disponía a introducir la llave en el contacto cuando un pequeño papel, en el suelo del coche, llamó su atención. Lo recogió. En la parte superior había escritos unos números. Sus ojos se abrieron de par en par. Era el número de su teléfono móvil. Debajo, una dirección y un nombre. Su nombre: “Darío García”. No había lugar a confusión. Era a él a quien buscaban.
